

— Dignaos, señora, le dijo, aceptar el papel que tengo la honra de ofrecer á vuestros pies.

Recibióle ella con la mayor frialdad y con cierto aire de desprecio, sin dignarse ni aun responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el cual aprovechando aquella ocasión para distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Florimunda, quienes los tomaron sin más cortesía ni ceremonias que las que había usado Arsenia; antes por el contrario, el comediante, naturalmente muy cortés, como lo son casi todos estos señores, le insultó con chanzas picantes; pero el buen Pedro de Moya las llevó con paciencia, y no se atrevió á volverle las nueces al cántaro porque no lo pagase después su trágica composición. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente picado del recibimiento que le habían hecho. Tengo por cierto que allá en su interior no dejaría de decir mil pestes de los comediantes como merecían; y éstos, después que él salió, comenzaron á hablar de los autores con mucho respeto.

— Paréceme, dijo Florimunda, que el Sr. Pedro de Moya no ha ido muy satisfecho de nosotros.

— Y bien, señora, interrumpió Casimiro, ¿qué cuidado se os da? ¿Por ventura son dignos de nuestra atención los autores? Si los igualáramos á nosotros, ese sería el mejor medio para echarlos á perder. Tengo bien conocidos á esos pobres diablos, y por eso mismo sé que, si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarían de lo que son y nos perderían el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no temamos que les apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algún tiempo, no durará mucho: la manía de escribir les hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos representar sus obras.

— Tienes mucha razón, dijo entonces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en paraje de que tengan que comer, se dan á la ociosidad y ya no quieren trabajar; pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene menos que padecer.

Aplaudieron todos este parecer, y quedaron en que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les estaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenían. Así los abatían los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podían despreciarlos más.

CAPÍTULO XII

Toma Gil Blas inclinación al teatro, entrégase enteramente á los pasatiempos de la vida cómica, y dentro de poco se disgusta de ella

Los convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro, y entonces marcharon todos á él. Seguílos, y vi también la comedia que se representó aquel día, la que me gustó de manera que hice ánimo de no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atención aquellos que hacían más gestos y daban más gritos en las tablas, y no era yo el único de este gusto. No me causaba menos agrado la discreción de las piezas que el modo de representarlas. Algunas verdaderamente me embelesaban, sobre todo aquellas en que se dejaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales ó los doce pares de Francia. Sabía de memoria muchos pasos de aquellos incomparables poemas. Acuérdomme de que en dos días aprendí toda entera una comedia famosa, intitulada *La reina de las flores*. La rosa era la reina, que tenía por confidenta á la violeta y por escudero al jazmín. No había para mí obras mejores que las parecidas á éstas, persuadido de que daban mucho honor á nuestra nación.

No me contentaba con adornar mi memoria con los trozos más selectos de estas bellas producciones dramáticas, sino que también me apliqué á perfeccionar el gusto, y para conseguirlo con acierto, escuchaba con la mayor atención el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba, y despreciaba todas aquellas de que les oía hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en piezas teatrales como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Moya fué muy aplaudida,

aunque ellos habían pronosticado que todos la silbarían. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y antes quise creer que el público carecía de gusto y discernimiento, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplauso aquellas comedias nuevas de que los actores formaban mal concepto, y por el contrario, silbadas casi todas las que ellos más celebraban. Decíanme que era regla general suya hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil ejemplares de algunas que habían desmentido sus decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

No se me olvidará jamás lo que sucedió un día en que se representó una comedia nueva. Hábles parecido á los comediantes fría y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio no la vería concluir. Con esta preocupación representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la cual aún fué más aplaudida que la primera. Y he aquí á todos mis pobres actores atónitos.

— ¡Cómo diablos es esto!, exclamaba Casimiro: esta comedia adquiere fama.

Representaron la tercera, que fué sin comparación más celebrada que las otras dos.

— Yo no lo entiendo, dijo Ricardo: cuando creíamos que esta pieza no lograría aceptación, todos la aplauden.

— Señores, dijo entonces un cómico ingenuamente, la causa es porque hay en ella mil gracias y rasgos ingeniosos que nosotros no habíamos comprendido.

Desde entonces dejé de tener á los comediantes por buenos jueces y me hice justo apreciador de su mérito. Ellos mismos acreditaban con cuánta razón la gente les afeaba varias ridiculeces. Veía yo claramente que los aplausos nada merecidos tenían echados á perder así á los cómicos como á las cómicas, los cuales, considerándose como personas de suma importancia y objetos dignos de admiración, estaban persuadidos de que hacían gran favor al público en divertirlo. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me vi metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolución. Ni podía ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veía en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun cuando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constanza, Casilda y demás comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Además de aquellos señores ya viejos de que hablé antes, concurrían á ella varios elegantes y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habían menester

para arruinarse. Alguna vez recibían á ciertos agentes de quienes se servían, los cuales, en vez de ser pagados por su trabajo, les pagaban á ellas porque se dejasen servir.

Florimunda vivía pared por medio de Arsenia, y todos lo días comían y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas, que causaba admiración á las gentes ver tanta armonía entre cortesanas, y se creía que tarde ó temprano se rompería su amistad por algún obsequiante; pero conocían mal á tan perfectas amigas, porque era muy íntima su unión: en lugar de ser celosas como las demás mujeres, hacían vida común. Gustaban más de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á ejemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba también el tiempo, no dejando malograr lo más florido de sus años. Habíame ella dicho que veía mil lindezas y no me engañó. Con todo eso, yo no hacía el celoso, por haberle prometido que procuraría adoptar el espíritu de la compañía. Disimulé por algún tiempo, contentándome con preguntarle el nombre de los sujetos con quienes la veía á solas en conversación; pero siempre me respondía que era un tío ó un primo carnal suyo. ¡Oh, y cuánta multitud de parientes tenía! Su familia debía ser más numerosa que la del rey Príamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacía también sus salidas fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de cuando en cuando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de antaño. En fin, Laura, por dar al lector una idea cabal de su persona, era tan joven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que ésta divertía al pueblo públicamente, y la criada lo hacía en secreto. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentía atormentado de crueles remordimientos, efecto de mi educación, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolución de tan saludables remordimientos; al contrario, eran mayores cuanto más me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron éstos á causarme horror, gracias á mi natural complexión. «¡Ah, desventurado!, me decía yo á mí mismo: ¿es esto lo que esperaba de mí mi familia? ¿No me bastaba haberla engañado tomando otra carrera que la de preceptor? El verme precisado á servir, ¿me dispensa de cumplir con las leyes de hombre de bien? ¿Puede serme de algún provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia, la ira y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros; éstos se entregan á la intemperancia y á la pereza; aquéllos al orgullo y á la insolencia. Esto se acabó: no quiero vivir más con los siete pecados capitales.»